

LA CAUTIVA



ESTEBAN ECHEVERRIA

Esteban Echeverría

La cautiva

Esteban Echeverría / La cautiva

Colección Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Primera edición, Bogotá, junio de 2016

Juan Manuel Santos Calderón **Presidente de la República**

Gina Parody d'Echeona **Ministra de Educación Nacional**

Víctor Javier Saavedra Mercado **Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media**

Ana Bolena Escobar Escobar **Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media**

Paola Trujillo Pulido **Subdirectora de Fomento de Competencias**

Silvia Prada **Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura**

Coordinación editorial: Equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: **VIDA GLOBAL S.A.**

ISBN 978-987-1781-10-2

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

Inicio

Female hearts are such a genial soil

For Kinderfeelings, whatsoe'er their nation,

They naturally pour the «wine and oil»

Samaritans in every situation;

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos: –ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

BYRON.

Primera parte

Ils vont. L'espace est grand.

HUGO.

El Desierto

Era la tarde, y la hora

en que el sol la cresta dora

de los Andes. El Desierto

incommensurable, abierto,

y misterioso a sus pies

se extiende; triste el semblante,

solitario y taciturno

como el mar, cuando un instante

al crepúsculo nocturno,

pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra

su inmensidad, y no encuentra

la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.

Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

A veces, la tribu errante,
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa; o su toldería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al vulgo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.

¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?

¿Qué lengua humana alabarlas?

Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.

Sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo que parecía

como un piélago ondear.

Y la tierra, contemplando

del astro rey la partida,

callaba, manifestando,

como en una despedida,

en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero

relinchaba un bruto fiero

aquí o allá, en la campaña;

bramaba un toro de saña,

rugía un tigre feroz;

o las nubes contemplando,

como extático y gozoso,

el yajá, de cuando en cuando,

turbaba el mudo reposo

con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía

que el vasto horizonte ardía:

la silenciosa llanura

fue quedando más oscura,

más pardo el cielo, y en él,

con luz trémula brillaba

una que otra estrella, y luego

a los ojos se ocultaba,

como vacilante fuego

en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,

con su claroscuro manto,

veló la tierra; una faja,

negra como una mortaja,

el occidente cubrió;

mientras la noche bajando

lenta venía, la calma,

que contempla suspirando

inquieta a veces el alma,

con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido

que suele hacer el tronido

cuando retumba lejano,

se oyó en el tranquilo llano

sordo y confuso clamor;

se perdió... y luego violento,

como baladro espantoso

de turba inmensa, en el viento

se dilató sonoro,

dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante

del ágil potro arrogante

el duro suelo temblaba,

y envuelto en polvo cruzaba

como animado tropel,

velozmente cabalgando;

víanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?

¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?

¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino;

¡mirad! como torbellino

hiende el espacio veloz.

El fiero ímpetu no enfrena

del bruto que arroja espuma;

vaga al viento su melena,

y con ligereza suma

pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?

¿De qué su gozo proviene?

¿Por qué grita, corre, vuela,

clavando al bruto la espuela,

sin mirar alrededor?

¡Ved que las puntas ufanas

de sus lanzas, por despojos,

llevan cabezas humanas,

cuyos inflamados ojos

respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
y su rencor todavía
mira, con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: —«Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.

¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,

a libertar, y como antes,
nuestras lanzas probarán.»

Tal decía, y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.

Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto,
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

Segunda parte

...orribile favelle,

parole di dolore, accenti d'ira,

voci alte e fioche, e suon di man con elle

Facévanoun tumulto...

DANTE.

El festín

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra.

Parece haber apiñado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inmundo,
sobre la llanura inmensa,
la lóbreguez del abismo
donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,

los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan,
mientras el insecto chilla,
y en fachinales o cuevas
los nocturnos animales
con triste aullido se quejan.

La tribu aleve, entretanto,
allá en la pampa desierta,
donde el cristiano atrevido
jamás estampa la huella,
ha reprimido del bruto
la estrepitosa carrera;
y campo tiene fecundo
al pie de una loma extensa,
lugar hermoso, do a veces
sus tolдерías asienta.

Feliz la maloca ha sido;

rica y de estima la presa
que arrebató a los cristianos:
caballos, potros y yeguas,
bienes que en su vida errante
ella más que el oro precia;
muchedumbre de cautivas,
todas jóvenes y bellas.

Sus caballos, en manadas,
pacen la fragante yerba;
y al lazo, algunos prendidos,
a la pica, o la manea,
de sus indolentes amos
el grito de alarma esperan.

Y no lejos de la turba,
que charla ufana y hambrienta,
atado entre cuatro lanzas,
como víctima en reserva,
noble espíritu valiente
mira vacilar su estrella;

al paso que su infortunio,
sin esperanza, lamentan,
rememorando su hogar,
los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo
cuatro extendidas hogueras,
cuyas vivas llamaradas
irradiando, colorean
el tenebroso recinto
donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados
unos lo atizan y ceban;
otros la jugosa carne
al rescoldo o llama tuestan.

Aquél come, éste destriza,
más allá alguno degüella
con afilado cuchillo
la yegua al lazo sujeta,
y a la boca de la herida,

por donde ronca y resuella,
y a borbollones arroja
la caliente sangre fuera,
en pie, trémula y convulsa,
dos o tres indios se pegan
como sedientos vampiros,
sorben, chupan, saborean
la sangre, haciendo mormullo,
y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
y se desploma la yegua
con aplausos de las indias
que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
con viva luz las hogueras;
sopla el viento de la pampa
y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
cuando el hambre está repleta,

sigue el cordial regocijo,
el beberaje y la gresca,
que apetecen los varones,
y las mujeres detestan.

El licor espirituoso
en grandes bacías echan;
y, tendidos de barriga
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que bien pronto los convierte
en abominables fieras.

Cuando algún indio, medio ebrio,
tenaz metiendo la lengua
sigue en la preciosa fuente,
y beber también no deja
a los que aguijan furiosos,
otro viene, de las piernas
lo agarra, tira y arrastra,

y en lugar suyo se espeta.

Así bebe, ríe, canta,

y al regocijo sin rienda

se da la tribu; aquel ebrio

se levanta, bambolea,

a plomo cae, y gruñendo

como animal se revuelca.

Éste chilla, algunos lloran,

y otros a beber empiezan.

De la chusma toda al cabo

la embriaguez se enseñoorea

y hace andar en remolino

sus delirantes cabezas;

entonces empieza el bullicio,

y la algazara tremenda,

el infernal alarido

y las voces lastimeras,

mientras sin alivio lloran

las cautivas miserables,

y los ternezuelos niños,
al ver llorar a sus madres.

Las hogueras, entretanto,
en la obscuridad flamean,
y a los pintados semblantes
y a las largas cabelleras
de aquellos indios beodos,
da su vislumbre siniestra
colorido tan extraño,
traza tan horrible y fea,
que parecen del abismo
précito, inmunda ralea,
entregada al torpe gozo
de la sabática fiesta.

Todos en silencio escuchan;
una voz entona recia
las heroicas alabanzas,
y los cantos de la guerra:

–Guerra, guerra, y exterminio
al tiránico dominio
del huinca; engañosa paz:
devore el fuego sus ranchos,
que en su vientre los caranchos
ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,
y en su fogoso tordillo
salió Brian;
pocos eran y él delante
venía, al bruto arrogante
dio una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:
con la fulminante espada
se alzó Brian;
grandes sus ojos brillaron,
y las cabezas rodaron

de Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido

como toro enfurecido

se encaró,

ceño torvo revolviendo,

y el acero sacudiendo:

nadie acometerlo osó.

Valichu estaba en su brazo;

pero al golpe de un bolazo

cayó Brian

como potro en la llanura:

cebo en su cuerpo y hartura

encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega

el que vivir quiere esclavo;

pero el indio guapo, no:

Chañil murió como bravo,
batallando en la refriega,
de una lanzada murió.

Salió Brian airado
blandiendo la lanza,
con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
del pecho clavado
en el hierro agudo,
con brazo forzado,
Brian lo levantó.

Funeral sangriento
ya tuvo en el llano;
ni un solo cristiano
con vida escapó.

¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte

del indio más fuerte
que la pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,
quiénes sus hazañas mentan.

Óyense voces confusas,
medio articuladas quejas,
baladros, cuyo son ronco
en la llanura resuena.

De repente todos callan,
y un sordo mormullo reina,
semejante al de la brisa
cuando rebulle en la selva;
pero, gritando, algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido
otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
de las pasadas ofensas

se aviva en su ánimo entonces,
y atizando su fiereza
al rencor adormecido
y a la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
a la luz de las hogueras,
llevando muerte relucen;
se ultrajan, riñen, vocean,
como animales feroces
se despedazan y bregan.
Y, asombradas, las cautivas
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio
humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
cuya vigilancia tierna
en las horas de peligro
siempre cautelosa vela,
acorren luego a calmar

el frenesí que los ciega,
ya con ruegos y palabras
de amor y eficacia llenas,
ya interponiendo su cuerpo
entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,
las desoyen y atropellan,
lanzando injuriosos gritos;
y los cuchillos no sueltan
sino cuando, ya rendida
su natural fortaleza
a la embriaguez y al cansancio,
dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza
sigue el llorar de las hembras
por sus maridos y deudos,
las lastimosas endechas
a la abundancia pasada,
a la presente miseria,

a las víctimas queridas

de aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio

hace a los lamentos tregua,

interrumpido por ayes

de moribundos, o quejas,

risas, gruñir sofocado

de la embriagada torpeza;

al espantoso ronquido

de los que durmiendo sueñan,

los gemidos infantiles

del *ñacurutú* se mezclan;

chillidos, aúllos tristes

del lobo que anda a la presa.

De cadáveres, de troncos,

miembros, sangre y osamentas,

entremezclados con vivos,

cubierto aquel campo queda,

donde poco antes la tribu

llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina

triste, encapotada y negra;

y la desmayada luz

de las festivas hogueras

sólo alumbra los estragos

de aquella bárbara fiesta.

Tercera parte

*Yo iba a morir, es verdad,
Entre bárbaros crüeles,
y allí el pesar me mataba
de morir, mi bien, sin verte.
A darme la vida tú
saliste, hermosa, y valiente.*

CALDERÓN.

El puñal

Yace en el campo tendida,

cual si estuviera sin vida,

ebria, la salvaje turba,

y ningún ruido perturba

su sueño o sopor mortal.

Varones y hembras mezclados

todos duermen sosegados.

Sólo, en vano tal vez, velan

los que libertarse anhelan
del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
los caballos, que vagando
libres despuntan la grama;
y a la moribunda llama
de las hogueras se ve,
se ve sola y taciturna,
símil a sombra nocturna,
moverse una forma humana,
como quien lucha y se afana,
y oprime algo bajo el pie.

Se oye luego triste aúllo,
y horrisonante mormullo,
semejante al del novillo
cuando el filoso cuchillo
lo degüella sin piedad,

y por la herida resuella,
y aliento y vivir por ella,
sangre hirviendo a borbollones,
en horribles convulsiones,
lanza con velocidad.

Silencio; ya el paso leve
por entre la yerba mueve,
como quien busca y no atina,
y temeroso camina
de ser visto o tropezar,
una mujer: en la diestra
un puñal sangriento muestra,
sus largos cabellos flotan
desgreñados, y denotan
de su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;
sobre salvajes dormidos

va pasando, escucha, mira,
se para, apenas respira,
y vuelve de nuevo a andar.

Ella marcha, y sus miradas
vagan en torno, azoradas,
cual si creyesen ilusas
en las tinieblas confusas
mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra,
como el criminal, se asombra;
alza, inclina la cabeza;
pero en un cráneo tropieza
y queda al punto mortal.

Un cuerpo gruñe y resuella,
y se revuelve; mas ella
cobra espíritu y coraje,
y en el pecho del salvaje
clava el agudo puñal.

El indio dormido expira,
y ella veloz se retira
de allí, y anda con más tino
arrastrando del destino
la rigurosa crueldad.

Un instinto poderoso,
un afecto generoso
la impele y guía segura,
como luz de estrella pura,
por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría
palpita; lo que quería,
lo que buscaba con ansia
su amorosa vigilancia,
encontró gozosa al fin.

Allí, allí está su universo,
de su alma el espejo terso,

su amor, esperanza y vida;

allí contempla embebida

su terrestre serafín.

–Brian –dice–, mi Brian querido

busca durmiendo el olvido;

quizás ni soñando espera

que yo entre esta gente fiera

le venga a favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,

no abate su ánimo altivo

la desgracia, y satisfecho

descansa, como en su lecho,

sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,

para hacerle más amargo

de la muerte el pensamiento,

deleitarse en su tormento,

y más su rencor cebar
prolongando su agonía,
la vida suya, que es mía,
guardaron, cuando, triunfantes,
hasta los tiernos infantes
osaron despedazar,

arrancándolos del seno
de sus madres –¡día lleno
de execración y amargura,
en que murió mi ventura,
tu memoria me da horror!–.

Así dijo, y ya no siente,
ni llora, porque la fuente
del sentimiento fecunda,
que el femenino pecho inunda,
consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza

en su corazón alianza

han hecho, y sólo una idea

tiene fija y saborea

su ardiente imaginación.

Absorta el alma, en delirio

lleno de gozo y martirio

queda, hasta que al fin estalla

como volcán, y se explaya

la lava del corazón.

Allí está su amante herido,

mirando al cielo, y ceñido

el cuerpo con duros lazos,

abiertos en cruz los brazos,

ligadas manos y pies.

Cautivo está, pero duerme;

inmóvil, sin fuerza, inerme

yace su brazo invencible:

de la pampa el león terrible

presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,

esperando con el día

horrible muerte, está el hombre

cuya fama, cuyo nombre

era, al bárbaro traidor,

más temible que el zumbido

del hierro o plomo encendido;

más aciago y espantoso

que el *valichu* rencoroso

a quien ataca su error.

Allí está; silenciosa ella,

como tímida doncella,

besa su entreabierto boca,

cual si dudara le toca

por ver si respira aún.

Entonces las ataduras,

que sus carnes roen duras,
corta, corta velozmente
con su puñal obediente,
teñido en sangre común.

Brian despierta; su alma fuerte,
conforme ya con su suerte,
no se conturba, ni azora;
poco a poco se incorpora,
mira sereno, y cree ver
un asesino: echan fuego
sus ojos de ira; mas luego
se siente libre, y se calma,
y dice: —¿Eres alguna alma
que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
ángel bueno, o vacilante
parto de mi fantasía?

–Mi vulgar nombre es María,
ángel de tu guarda soy;
y mientras cobra pujanza,
ebria la feroz venganza
de los bárbaros, segura,
en aquesta noche oscura,
velando a tu lado estoy:

nada tema tu congoja.–

Y enajenada se arroja
de su querido en los brazos,
la da mil besos y abrazos,
repetiendo: –Brian, Brian.–

La alma heroica del guerrero
siente el gozo lisonjero
por sus miembros doloridos
correr, y que sus sentidos
libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
apura aliento de vida,
y la estrecha cariñoso
y en éxtasis amoroso
ambos respiran así;
mas, súbito él la separa,
como si en su alma brotara
horrible idea, y la dice:
–María, soy infelice,
ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
habrá ajado la pureza
de tu honor, y mancillado
tu cuerpo santificado
por mi cariño y tu amor;
ya no me es dado quererte.–
Ella le responde: –Advierte
que en este acero está escrito

mi pureza y mi delito,
mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,
y saltará de contento
tu corazón orgulloso;
diómelo amor poderoso,
diómelo para matar
al salvaje que insolente
ultrajar mi honor intente;
para, a un tiempo, de mi padre,
de mi hijo tierno y mi madre,
la injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa
que la luz del sol hermosa,
sacar de las fieras manos
de estos tigres inhumanos,
o contigo perecer.

Loncoy, el cacique altivo
cuya saña al atractivo
se rindió de estos mis ojos,
y quiso entre sus despojos
de Brian la querida ver,

después de haber mutilado
a su hijo tierno; anegado
en su sangre yace impura;
sueño infernal su alma apura:
dióle muerte este puñal.

Levanta, mi Brian, levanta,
sigue, sigue mi ágil planta;
huyamos de esta guarida
donde la turba se anida
más inhumana y fatal.

—¿Pero adónde, adónde iremos?

¿Por fortuna encontraremos

en la pampa algún asilo,
donde nuestro amor tranquilo
logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos
escapar, y desvalidos
caminar a pie, ijadeando,
con el hambre y sed luchando,
el cansancio y el dolor?

–Sí; el anchuroso desierto
más de un abrigo encubierto
ofrece, y la densa niebla,
que el cielo y la tierra puebla,
nuestra fuga ocultará.

Brian, cuando aparezca el día,
palpitantes de alegría,
lejos de aquí ya estaremos,
y el alimento hallaremos
que el cielo al infeliz da.

–Tú podrás, querida amiga,
hacer rostro a la fatiga,
mas yo, llagado y herido,
débil, exangüe, abatido,
¿cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
y del oprobio redime
tu vivir predestinado;
deja a Brian infortunado,
solo, en tormentos morir.

–No, no, tu vendrás conmigo,
o pereceré contigo.

De la amada patria nuestra
escudo fuerte es tu diestra,
¿y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
yo de la oprobiosa suerte

de los esclavos; propicio

el cielo este beneficio

nos ha querido ofrecer;

no insensatos lo perdamos.

Huyamos, mi Brian, huyamos;

que en el áspero camino

mi brazo, y poder divino

te servirán de sostén.

–Tu valor me infunde fuerza,

y de la fortuna adversa,

amor, gloria o agonía

participar con María

yo quiero; huyamos, ven, ven.–

Dice Brian y se levanta;

el dolor traba su planta,

mas devora el sufrimiento;

y ambos caminan a tienta

por aquella oscuridad.

Tristes van, de cuando en cuando

la vista al cielo llevando,

que da esperanza al que gime,

¿qué busca su alma sublime?

la muerte o la libertad.

–Y en esta noche sombría

¿quién nos servirá de guía?

–Brian, ¿no ves allá una estrella

que entre dos nubes centella

cual benigno astro de amor?

Pues ésa es por Dios enviada,

como la nube encarnada

que vio Israel prodigiosa;

sigamos la senda hermosa

que nos muestra su fulgor,

ella del triste desierto

nos llevará a feliz puerto.—

Ellos van; solas, perdidas,
como dos almas queridas,
que amor en la tierra unió,
y en la misma forma de antes,
andan por la noche errantes,
con la memoria hechicera
del bien que en su primavera
la desdicha les robó.

Ellos van. Vasto, profundo
como el páramo del mundo
misterioso es el que pisan;
mil fantasmas se divisan,
mil formas vanas allí,
que la sangre joven hielan:
mas ellos vivir anhelan.

Brian desmaya caminando
y, al cielo otra vez mirando,

dice a su querida así:

–Mira: ¿no ves? la luz bella

de nuestra polar estrella

de nuevo se ha oscurecido,

y el cielo más denegrido

nos anuncia algo fatal.

–Cuando contrario el destino

nos cierre, Brian, el camino,

antes de volver a manos

de esos indios inhumanos,

nos queda algo: este puñal.

Cuarta parte

Già la terra e coperta d'uccisi;

tutta è sangue la vasta pianura;...

[Ya la tierra está cubierta de asesinos,

la vasta llanura es toda sangre.]

y en el oriente nubloso,

ni del pájaro se oía

mezclaba su voz sonora

dormía la tribu infiel;

Súbito, al trote asomaron

la chusma quieta y dormida,

un escuadrón de lanceros

en doble muro encerró.

clamando azorada,

los unos pasmados, al peligro horrendo,

quién corre su potro querido a buscar;

blandiendo en su mano

El sol aparece; las armas agudas

sin su apoyo, inerme, se deja vencer.

los fieros cuchillos

todo se confunde: del plomo el silbido,

ni hembra, ni varón, ni cría

su cerviz al hierro dio.

Y del sueño de la vida

lágrimas de regocijo;

halló a Brian en el desierto,

su valor y su lealtad.

Quinta parte

...e lo spirito lasso

Conforta, e ciba di speranza buona;

...[y el ánimo cansado,

Conforta, y nutre de esperanza buena;]

DANTE.

El pajonal

Así, huyendo a la ventura,

ambos a pie divagaron

por la lóbrega llanura,

y al salir la luz del día,

a corto trecho se hallaron

de un inmenso pajonal.

Brian debilitado, herido,

a la fatiga rendido

la planta apenas movía;

su angustia era sin igual.

Pero un ángel, su querida,
siempre a su lado velaba,
y el espíritu y la vida,
que su alma heroica anidaba,
la infundía, al parecer,
con miradas cariñosas,
voces del alma profundas,
que debieran ser eternas,
y aquellas palabras tiernas,
o armonías misteriosas
que sólo manan fecundas
del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje,
acogiéronse al abrigo
de aquel pajonal amigo,
para de nuevo su viaje
por la noche continuar;
descansar allí un momento,

y refrigerio y sustento

a la flaqueza buscar.

Era el adusto verano.

Ardiente el sol como fragua,

en cenagoso pantano

convertido había el agua

allí estancada, y los peces,

los animales inmundos

que aquel bañado habitaban

muecos, al aire infectaban,

o entre las impuras heces

aparecían a veces

boqueando moribundos,

como del cielo implorando

agua y aire: aquí se vía

al voraz cuervo, tragando

lo más asqueroso y vil;

allí la blanca cigüeña,

el pescuezo corvo alzando,
en su largo pico enseña
el tronco de algún reptil;
más allá se ve el carancho,
que jamás presa desdeña,
con pico en forma de gancho
de la expirante alimaña
sajar la fétida entraña.

Y en aquel páramo yerto,
donde a buscar como a puerto
refrigerio, van errantes

Brian y María anhelantes,
sólo divisan sus ojos,
feos, inmundos despojos
de la muerte. ¡Qué destino

como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino

la memoria perdurable
de la pasada ventura

a turbar su fantasía

¡cuán amarga les sería!

¡cuán triste, yerma y obscura!

Pero con pecho animoso

en el lodo pegajoso

penetraron, ya cayendo,

ya levantando o subiendo

el pie flaco y dolorido;

y sobre un flotante nido

de yajá (columna bella,

que entre la paja descuella,

como edificio construido

por mano hábil) se sentaron

a descansar o morir.

Súbito allí desmayaron

los espíritus vitales

de Brian a tanto sufrir;

y en los brazos de María,

que inmóvil permanecía,

cayó muerto al parecer.

¡Cómo palabras mortales

pintar al vivo podrán

el desaliento y angustias,

o las imágenes mustias

que el alma atravesarán

de aquella infeliz mujer!

Flor hermosa y delicada,

perseguida y conculcada

por cuantos males tiranos

dio en herencia a los humanos

inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto

retoñece más robusto

de su noble alma el valor;

y otra vez, con paso fuerte,

holla el fango, do la muerte
disputa un resto de vida
a indefensos animales;
y rompiendo enfurecida
los espesos matorrales,
camina a un sordo rumor
que oye próximo, y mirando
el hondo cauce anchuroso
de un arroyo que copioso
entre la paja corría,
se volvió atrás, exclamando
arrobada de alegría:
—¡Gracias te doy, Dios Supremo!

Brian se salva, nada temo.

Pronto llega al alto nido
donde yace su querido,
sobre sus hombros le carga,
y con vigor desmedido

lleva, lleva, a paso lento,
al puerto de salvamento
aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
el inmoble cuerpo posa,
y los labios, frente y cara
en el agua fresca y clara
le embebe; su aliento aspira,
por ver si vivo respira,
trémula su pecho toca;
y otra vez sienes y boca
le empapa. En sus ojos vivos
y en su semblante animado,
los matices fugitivos
de la apasionada guerra
que su corazón encierra,
se muestran. Brian recobrado
se mueve, incorpora, alienta;

y débil mirada lenta
clava en la hermosa María,
diciéndola: –Amada mía,
pensé no volver a verte,
y que este sueño sería
como el sueño de la muerte;
pero tú, siempre velando,
mi vivir sustentas, cuando
yo en nada puedo valerte,
sino doblar la amargura
de tu extraña desventura.
–Que vivas tan sólo quiero,
porque si mueres, yo muero;
Brian mío, alienta, triunfamos,
en salvo y libres estamos.
No te aflijas; bebe, bebe
esta agua, cuyo frescor
el extenuado vigor
volverá a tu cuerpo en breve,

y esperemos con valor
de Dios el fin que imploramos.—

Dijo así, y en la corriente
recoge agua, y diligente,
de sus miembros con esmero,
se aplica a lavar primero
las dolorosas heridas,
las hondas llagas henchidas
de negra sangre cuajada,
y a sus inflamados pies
el lodo impuro; y después
con su mano delicada
las venda. Brian silencioso
sufre el dolor con firmeza;
pero siente a la flaqueza
rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento

corre a buscar; y un momento,
sin duda el cielo piadoso,
de aquellos finos amantes,
infortunados y errantes,
quiso aliviar el tormento.

Sexta parte

¡Qué largas son las horas del deseo!

MORETO.

La espera

Triste, oscura, encapotada

llegó la noche esperada,

la noche que ser debiera

su grata y fiel compañera;

y en el vasto pajonal

permanecen inactivos

los amantes fugitivos.

Su astro, al parecer, declina,

como la luz vespertina

entre sombra funeral.

Brian, por el dolor vencido

al margen yace tendido

del arroyo; probó en vano
el paso firme y lozano
de su querida seguir;
sus plantas desfallecieron,
y sus heridas vertieron
sangre otra vez. Sintió entonces
como una mano de bronce
por sus miembros discurrir.

María espera, a su lado,
con corazón agitado,
que amanecerá otra aurora
más bella y consoladora;
el amor la inspira fe
en destino más propicio,
y la oculta el precipicio
cuya idea sólo pasma:
el descarnado fantasma
de la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,
ciega pasión la fascina;
mostrando a su alma el trofeo
de su impetuoso deseo
la dice: tú triunfarás.

Ella infunde a su flaqueza
constancia allí y fortaleza;
Ella su hambre, su fatiga,
y sus angustias mitiga
para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿qué sería? Frágil caña,
que el más leve impulso quiebra,
ser delicado, fina hebra,
sensible y flaca mujer.

Con él es ente divino
que pone a raya el destino,

ángel poderoso y tierno
a quien no haría el infierno
vacilar y estremecer.

De su querido no advierte
el mortal abatimiento,
ni cree se atreva la muerte
a sofocar el aliento
que hace vivir a los dos;
porque de su llama intensa
es la vida tan inmensa,
que a la muerte vencería,
y en sí eficacia tendría
para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,
es religión arraigada
en lo íntimo de la vida.

Fuente inagotable, henchida

de esperanza, su anhelar
no halla obstáculo invencible
hasta conseguir victoria;
si se estrella en lo imposible
gozoso vuela a la gloria
su heroica palma a buscar.

María no desespera,
porque su ahínco procura
para lo que ama, ventura;
y al infortunio supera
su imperiosa voluntad.

Mañana —el grito constante
de su corazón amante
la dice—, mañana el cielo
hará cesar tu desvelo,
la nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,

camina en densa tiniebla,
y en el abismo de espanto,
que aquellos páramos puebla,
ambos perdidos se ven.

Parda, rojiza, radiosa,
una faja luminosa
forma horizonte no lejos;
sus amarillos reflejos
en lo obscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
y que con el viento crece,
se encrespa, aviva y derrama
el resplandor y la llama
en el mar de lobreguez.

Aquel fuego colorado,
en tinieblas engolfado,
cuyo esplendor vaga horrendo,
era trasunto estupendo

de la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba,

como ajeno de sentido,

nada ve: ella un ruido

oye; pero sólo observa

la negra desolación,

o las sombrías visiones

que engendran las turbaciones

de su espíritu. ¡Cuán larga

aquella noche y amarga

sería a su corazón!

Miró a su amante; espantoso,

un bramido cavernoso

la hizo temblar, resonando:

era el tigre, que buscando

pasto a su saña feroz

en los densos matorrales,

nuevos presagios fatales

al infortunio traía.

En silencio, echó María

mano a su puñal, veloz.

Séptima parte

Voyez... Déjà la flamme en torrent se déploie.

Mirad: ya en torrente se extiende la llama.

LAMARTINE.

La quemazón

El aire estaba inflamado,

turbia la región suprema,

envuelto el campo en vapor;

rojo el sol, y coronado

de parda obscura diadema,

amarillo resplandor

en la atmósfera esparcía;

el bruto, el pájaro huía,

y agua la tierra pedía

sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento

limpiaba los horizontes,

y de la tierra brotar
de humo rojo y ceniciento
se veían como montes;
y en la llanura ondear,
formando espiras doradas,
como lenguas inflamadas,
o melenas encrespadas
de ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas,
por la esfera dilataban
como cuando hay tempestad,
sus negras alas inmensas;
y más, y más aumentaban
el pavor y obscuridad.

El cielo entenebrecido,
el aire, el humo encendido,
eran, con el sordo ruido,
signo de calamidad.

El pueblo de lejos
contempla asombrado
los turbios reflejos;
del día enlutado
la ceñuda faz.

El humilde llora,
el piadoso implora;
se turba y azora
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio
fatal, estupendo,
del día del juicio,
del día tremendo
que anunciado está.

Quién piensa que al mundo,
sumido en lo inmundo,
el cielo iracundo

pone a prueba ya.

Era la plaga que cría

la devorante sequía

para estrago y confusión:

de la chispa de una hoguera,

que llevó el viento ligera,

nació grande, cundió fiera

la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos

relucen, chispean;

en rubios manojos

sus crines ondean,

flameando también:

la tierra gimiendo,

los brutos rugiendo,

los hombres huyendo,

confusos la ven.

Sutil se difunde,
camina, se mueve,
penetra, se infunde;
cuanto toca, en breve
reduce a tizón.

Ella era; y pastales,
densos pajonales,
cardos y animales,
ceniza, humo son.

Raudal vomitando
venía de llama,
que hirviendo, silbando,
se enrosca y derrama
con velocidad.

Sentada María
con su Brian la vía:
–¡Dios mío! –decía–,

de nos ten piedad.—

Piedad María imploraba,

y piedad necesitaba

de potencia celestial.

Brian caminar no podía,

y la quemazón cundía

por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,

como culebra serpeando,

velozmente caminó;

y agitando, desbocada,

su crin de fuego erizada,

gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles

de animales y reptiles

quema el fuego vencedor,

que el viento iracundo atiza;
vuelan el humo y ceniza,
y el inflamado vapor,

al lugar donde, pasmados,
los cautivos desdichados,
con despavoridos ojos,
están, su hervidero oyendo,
y las llamaradas viendo
subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,
esperanza ni refugio;

¿dónde auxilio encontrarán?

Postrado Brian yace inmoble
como el orgulloso roble
que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.

Detrás, arroyo profundo
ancho se extiende, y delante,
formidable y horroroso,
alza la cresta furioso
mar de fuego devorante.

–Huye presto –Brian decía
con voz débil a María–,
déjame solo morir;
este lugar es un horno:
huye, ¿no miras en torno
vapor cárdeno subir?–

Ella calla, o le responde:

–Dios, largo tiempo, no esconde
su divina protección.

¿Crees tú nos haya olvidado?

Salvar tu vida ha jurado
o morir mi corazón.–

Pero del cielo era juicio
que en tan horrendo suplicio
no debían perecer;
y que otra vez de la muerte
inexorable, amor fuerte
triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora;
de la pasión que atesora
el espíritu inmortal
brota, en su faz la belleza
estampando y fortaleza
de criatura celestial,

no sujeta a ley humana;
y como cosa liviana
carga el cuerpo amortecido
de su amante, y con él junto,

sin cejar, se arroja al punto
en el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
surca la mansa corriente
con el tesoro de amor;
semejante a Ondina bella,
su cuerpo airoso descuella,
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
sobre sus hombros nevados,
suelos, reluciendo van;
boga con un brazo lenta,
y con el otro sustenta,
a flor, el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos
como dos cisnes queridos,

que huyen de águila cruel,
cuya garra, siempre lista,
desde la nube se alista
a separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
en perseguirlos. Ufana
en la orilla opuesta el pie
pone María triunfante,
y otra vez libre a su amante
de horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
del corazón, gota a gota,
el tesoro sin mancha,
celestes, inefable unción;
sale en lágrimas deshecho
su heroico amor satisfecho.

Y su formidable cresta
sacude, enrosca y enhiesta
la terrible quemazón.

Calmó después el violento
soplar del airado viento:
el fuego a paso más lento
surcó por el pajonal,
sin topar ningún escollo;
y a la orilla de un arroyo
a morir al cabo vino,
dejando, en su ancho camino,
negra y profunda señal.

Octava parte

*Les guerriers et les coursiers eux mêmes
sont là pour attester les victoires de mon bras.*

Je dois ma renommée à mon glaive...

[Los mismos guerreros y corsarios
existen para atestiguar las victorias de mi brazo.

Debo mi renombre a mi espada.]

ANTAR.

Brian

Pasó aquél, llegó otro día
triste, ardiente, y todavía
desamparados como antes,
a los míseros amantes
encontró en el pajonal.
Brian, sobre pajizo lecho
inmóvil está, y en su pecho
arde fuego inextinguible;

brota en su rostro, visible

abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos

sus ojos, como adormidos,

la luz esquivan, o absortos,

en los pálidos abortos

de la conciencia (legión

que atribula al moribundo)

verán formas de otro mundo,

imágenes fugitivas,

o las claridades vivas

de fantástica región.

Triste a su lado María

revuelve en la fantasía

mil contrarios pensamientos,

y horribles presentimientos

la vienen allí a asaltar;

espectros que engendra el alma,
cuando el ciego desvarío
de las pasiones se calma,
y perdida en el vacío
se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla
en mar sin fondo ni orilla,
do nunca ríe bonanza,
se encuentra sin esperanza
de poder al fin surgir.

Allí ve su afán perdido
por salvar a su querido;
y cuán lejano y nubloso
el horizonte radioso
está de su porvenir,

cuán largo, incierto camino
la desdicha le previno,

cuán triste peregrinaje;

allí ve de aquel paraje

la yerta inmovilidad.

Allí ya del desaliento

sufre el pausado tormento,

y abrumada de tristeza,

al cabo a sentir empieza

su abandono y soledad.

Echa la vista delante,

y al aspecto de su amante

desfallece su heroísmo;

la vuelve, y hórrido abismo

mira atónita detrás.

Allí apura la agonía

del que vio cuando dormía

paraíso de dicha eterno,

y al despertar, un infierno

que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
flamea el sol colorado,
y en la llanura domina
la vaporosa calina,
el bochorno abrasador.

Brian sigue inmóvil; y María,
en formar se entretenía
de junco un denso tejido,
que guardase a su querido
de la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
que al levantarse o moverse
hace animal corpulento,
crujir la paja y romperse
de un cercano matorral.

Miró, ¡oh terror!, y acercarse
vio con movimiento tardo,

y hacia ella encaminarse,
lamiéndose, un tigre pardo
tinto en sangre; atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
se alzó María arrogante,
en mano el puñal desnudo,
vivo el mirar, y un escudo
formó de su cuerpo a Brian.

Llegó la fiera inclemente;
clavó en ella vista ardiente,
y a compasión ya movida,
o fascinada y herida
por sus ojos y ademán,

recta prosiguió el camino,
y al arroyo cristalino
se echó a nadar. ¡Oh amor tierno!
de lo más frágil y eterno

se compaginó tu ser.

Siendo sólo afecto humano,

chispa fugaz, tu grandeza,

por impenetrable arcano,

es celestial. ¡Oh belleza!

no se anida tu poder,

en tus lágrimas ni enojos;

sí, en los sinceros arrojos

de tu corazón amante.

María en aquel instante

se sobrepuso al terror,

pero cayó sin sentido

a conmoción tan violenta.

Bella como ángel dormido

la infeliz estaba, exenta

de tanto afán y dolor.

Entonces, ¡ah!, parecía

que marchitado no había
la aridez de la congoja,
que a lo más bello despoja,
su frescura juvenil.

¡Venturosa si más largo
hubiera sido su sueño!

Brian despierta del letargo:
brilla matiz más risueño
en su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,
como el que en vela delira;
lleva la mano a su frente
sudorífera y ardiente,
¿qué cosas su alma verá?

La luz, noche le parece,
tierra y cielo se obscurece,
y rueda en un torbellino
de nubes. –Este camino

lleno de espinas está:

Y la llanura, María,

¿no ves cuán triste y sombría?

¿Dónde vamos? A la muerte.

Triunfó la enemiga suerte

—dice delirando Brian—.

¡Cuán caro mi amor te cuesta!

Y mi confianza funesta,

¡cuánta fatiga y ultrajes!

Pero pronto los salvajes

su deslealtad pagarán.

Cobra María el sentido

al oír de su querido

la voz, y en gozo nadando

se incorpora, en él clavando

su cariñosa mirada.

—Pensé dormías —la dice—,

y despertarte no quise;
fuera mejor que durmieras
y del bárbaro no oyeras
la estrepitosa llegada.

—¿Sabes? Sus manos lavaron,
con infernal regocijo,
en la sangre de mi hijo;
mis valientes degollaron.

Como el huracán pasó,
desolación vomitando,
su vigilante perfidia.

Obra es del inicuo bando,
¡qué dirá la torpe envidia!

Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba,
y en la villa descansaba.

Oye; no te fíes, vela;

lanza, caballo y espuela
siempre lista has de tener.
Mira dónde me han traído.
Atado estoy y ceñido;
no me es dado levantarme,
ni valerte, ni vengarme,
ni batallar, ni vencer.

Venga, venga mi caballo,
mi caballo por la vida;
venga mi lanza fornida,
que yo basto a ese tropel.
Rodeado de picas me hallo.

Paso, canalla traidora,
que mi lanza vengadora
castigo os dará cruel.

¿No miráis la polvareda
que del llano se levanta?

¿No sentís lejos la planta

de los brutos retumbar?

La tribu es, huyendo leda,

como carnicero lobo,

con los despojos del robo,

no de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,

y degollados, dormidos,

nuestros hermanos queridos

por la mano del infiel.

¡Oh mengua! ¡Oh rabia! ¡Oh mancilla!

Venga mi lanza ligero,

mi caballo parejero,

daré alcance a ese tropel.

Se alzó Brian enajenado,

y su bigote erizado

se mueve; chispean, rojos

como centellas, sus ojos,
que hace el entusiasmo arder;
el rostro y talante fiero,
do resalta con viveza
el valor y la nobleza,
la majestad del guerrero
acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.

Ella, atónita, enmudece,
ni halla voz su sentimiento;
en tan solemne momento
flaquea su corazón.

El sol pálido declina:
en la cercana colina
triscan las gamas y ciervos,
y de caranchos y cuervos
grazna la impura legión,

de cadáveres avara,
cual si muerte presagiara.

Así la caterva estulta,
vil al heroísmo insulta,
que triunfante veneró.

María tiembla. Él, alzando
la vista al cielo y tomando
con sus manos casi heladas
las de su amiga, adoradas,
a su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:

—Oye, de Dios es arcano,
que más tarde o más temprano
todos debemos morir.

Insensato el que maldice
la ley que a todos iguala;
hoy el término señala
a mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida
siempre, mi amor, fue la muerte,
para el bravo, para el fuerte,
que a la patria y al honor
joven consagró su vida;
¿qué es ella?, una chispa, nada,
con ese sol comparada,
raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,
pero a la patria sirviera;
también mi sangre corriera
por su gloria y libertad.

Lo que me da sentimiento
es que de ti me separo,
dejándote sin amparo
aquí en esta soledad.

Otro premio merecía
tu amor y espíritu brioso,
y galardón más precioso
te destinaba mi fe.

Pero ¡ay Dios! la suerte mía
de otro modo se eslabona;
hoy me arranca la corona
que insensato ambicioné.

¡Si al menos la azul bandera
sombra a mi cabeza diese!
¡O antes por la patria fuese
aclamado vencedor!

¡Oh destino! Quién pudiera
morir en la lid, oyendo
el alarido y estruendo,
la trompeta y atambor.

Tal gloria no he conseguido.

Mis enemigos triunfaron;

pero mi orgullo no avaron

los favores del poder.

¡Qué importa! Mi brazo ha sido

terror del salvaje fiero:

los Andes vieron mi acero

con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!

¡Oh embriaguez de la victoria!

¡Oh campos, soñada gloria!

¡Oh lances del combatir!

Inesperadas alarmas,

patria, honor, objetos caros,

ya no volveré a gozaros;

joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario

de mi primera batalla,

y en torno a mí todo calla...

Guarda en tu pecho mi amor,

nadie llegue a su santuario...

Aves de presa parecen,

ya mis ojos se oscurecen;

pero allí baja un condor;

y huye el enjambre insolente,

adiós, en vano te aflijo...

Vive, vive para tu hijo,

Dios te impone ese deber.

Sigue, sigue al occidente

tu trabajosa jornada;

adiós, en otra morada

nos volveremos a ver.

Calló Brian, y en su querida

clavó mirada tan bella,

tan profunda y dolorida,

que toda el alma por ella

al parecer exhaló.

El crepúsculo esparcía

en el desierto luz mustia.

Del corazón de María,

el desaliento y angustia,

sólo el cielo penetró.

Novena parte

Fallece esperanza y crece tormento

ANÓNIMO.

Morte bella pareo nel suo bel viso

[La muerte parecía bella en su bello rostro.]

PETRARCA.

María

¿Qué hará María? En la tierra

ya no se arraiga su vida.

¿Dónde irá? Su pecho encierra

tan honda y vivaz herida,

tanta congoja y pasión,

que para ella es infecundo

todo consuelo del mundo,

burla horrible su contento,

su compasión un tormento,

su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,

su bullicio y vana gloria,

si ella, entre todos los seres,

como desechada escoria,

lejos, olvidada está?

¿En qué corazón humano,

en qué límite del orbe,

el tesoro soberano,

que sus potencias absorbe,

ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,

y una fresca sepultura

encuentra; lecho postrero,

que al cadáver del guerrero

preparó el más fino amor.

Sobre ella hincada, María,

muda como estatua fría,
inclinada la cabeza,
semejaba a la tristeza
embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
caen por los hombros tendidos,
y sombrean de su frente,
su cuello y rostro inocente,
la nevada palidez.

No suspira allí, ni llora;
pero como ángel que implora,
para miserias del suelo
una mirada del cielo,
hace esta sencilla prez:

–Ya en la tierra no existe
el poderoso brazo
donde hallaba regazo

mi enamorada sien:

Tú ¡oh Dios! no permitiste

que mi amor lo salvase,

quisiste que volase

donde florece el bien.

Abre Señor a su alma

tu seno regalado,

del bienaventurado,

reciba el galardón;

encuentre allí la calma,

encuentre allí la dicha,

que busca en su desdicha,

mi viudo corazón.

Dice. Un punto su sentido

queda como sumergido.

Echa la postrer mirada

sobre la tumba callada

donde toda su alma está;
mirada llena de vida,
pero lánguida, abatida,
como la última vislumbre
de la agonizante lumbre,
falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
y tomando por la orilla
del arroyo hacia el ocaso,
con indiferente paso
se encamina al parecer.

Pronto sale de aquel monte
de paja, y mira adelante
ilimitado horizonte,
llanura y cielo brillante,
desierto y campo doquier.

¡Oh noche! ¡Oh fúlgida estrella!

Luna solitaria y bella
sed benignas; el indicio
de vuestro influjo propicio
siquiera una vez mostrad.

Bochornos, cálidos vientos,
inconstantes elementos,
preñados de temporales,
apiadaos; fieras fatales
su desdicha respetad.

Y Tú ¡oh Dios! en cuyas manos
de los míseros humanos
está el oculto destino,
siquiera un rayo divino
haz a su esperanza ver.

Vacilar, de alma sencilla,
que resignada se humilla,
no hagas la fe acrisolada;
susténtala en su jornada,

no la dejes perecer.

Adiós pajonal funesto,

adiós pajonal amigo.

Se va ella sola ¡cuán presto

de su júbilo, testigo,

y su luto fuiste vos!

El sol y la llama impía

marchitaron tu ufanía;

pero hoy tumba de un soldado

eres, y asilo sagrado:

pajonal glorioso, adiós.

Gózate; ya no se anidan

en ti las aves parleras,

ni tu agua y sombra convidan

sólo a los brutos y fieras:

soberbio debes estar.

El valor y la hermosura,

ligados por la ternura,
en ti hallaron refrigerio;
de su infortunio el misterio
tú sólo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
de felices amadores
tu esquividad no turbaron,
sino voces que confiaron
a tu silencio su mal.

En la noche tenebrosa,
con los ásperos graznidos
de la legión ominosa,
oirás ayes y gemidos:
adiós triste pajonal.

De ti María se aleja,
y en tus soledades deja
toda su alma; agradecido,

el depósito querido
guarda y conserva; quizá
mano generosa y pía
venga a pedírtelo un día;
quizá la viva palabra
un monumento le labra
que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina;
y la estrella matutina,
caminando solitaria,
sin articular plegaria,
sin descansar ni dormir,
la ve. En su planta desnuda
brota la sangre y chorrea;
pero toda ella, sin duda,
va absorta en la única idea
que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua,
un volcán su pensamiento,
pero mar de hielo y agua
refrigerio inútil es
para el incendio que abriga,
insensible a la fatiga,
a cuanto ve indiferente,
como mísera demente
mueve sus heridos pies,

por el Desierto. Adormida
está su orgánica vida;
pero la vida de su alma
fomenta en sí aquella calma
que sigue a la tempestad,
cuando el ánimo cansado
del afán violento y duro,
al parecer resignado,

se abisma en el fondo obscuro
de su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
fiebre lenta y devorante,
último efugio, suplicio
del infierno, semejante
a la postrer convulsión
de la víctima en tormento:
trance que si dura un día
anonada el pensamiento,
encanece, o deja fría
la sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde
tu poder ¡oh Dios! se asconde?
¿Está, por ventura, exhausto?
¿Más dolor en holocausto
pide a una flaca mujer?

No; de la quieta llanura
ya se remonta a la altura
gritando el yajá. Camina,
oye la voz peregrina
que te viene a socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
cómo te meces ufana!

Reina, sí, reina orgullosa
eres, pero no tirana
como el águila fatal;

tuyo es también el espacio
el transparente palacio:
si ella en las rocas se anida,
tú en la esquivez escondida
de algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
el huracán y el tronido

ella busca, y deleite halla
en los campos de batalla;
pero tú la tempestad,
día y noche vigilante,
anuncias al gaucho errante;
tu grito es de buen presagio
al que asechanza o naufragio
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
la voz del ave agorera,
oye María infelice;
alerta, alerta, te dice;
aquí está tu salvación.

¿No la ves cómo en el aire
balancea con donaire
su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
ni el feliz reclamo escucha;
y caminando va a prisa:
el demonio con que lucha
la turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
se presentan a sus ojos
cielo, espacio, sol, verdura,
quieta, insondable llanura
donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles
un grupo de hombres armados
se acerca. ¿Serán infieles,
enemigos? No, soldados
son del desdichado Brian.
Llegan, su vista se pasma;
ya no es la mujer hermosa,

sino pálido fantasma;
mas reconocen la esposa
de su fuerte capitán.

Creíanla cautiva o muerta;
grande fue su regocijo.

Ella los mira, y despierta:

—¿No sabéis qué es de mi hijo?—
con toda el alma exclamó.

Tristes mirando a María

todos el labio sellaron,

mas luego una voz impía:

—Los indios lo degollaron—

roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,

como quiebra el seco tallo

el menor soplo del viento

o como herida del rayo,

cayó la infeliz allí;

viéronla caer, turbados,
los animosos soldados;
una lágrima la dieron,
y funerales la hicieron
dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada
de la hebra más delicada,
cuyo espíritu robusto
lo más acerbo e injusto
de la adversidad probó,
un soplo débil deshizo:

Dios para amar, sin duda, hizo
un corazón tan sensible;
palpitar le fue imposible
cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!

Mover al tigre pudiera
su vista sola; y no hallara

en ti alguna compasión,
tanta miseria y conflicto,
ni aquel su materno grito;
y como flecha saliste,
y en lo más profundo heriste
su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
de un mar de tribulaciones
ella arrostró; y la agonía
saboreó su fantasía;
y el punzante frenesí
de la esperanza insaciable
que en pos de un deseo vuela,
no alcanza el blanco inefable;
se irrita en vano y desvela,
vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,
sus ilusiones volaron,
y sus deseos con ellas;

sola y triste la dejaron

sufrir hasta enloquecer.

Quedaba a su desventura

un amor, una esperanza,

un astro en la noche oscura,

un destello de bonanza,

un corazón que querer,

una voz cuya armonía

adormecerla podría;

a su llorar un testigo,

a su miseria un abrigo,

a sus ojos qué mirar.

Quedaba a su amor desnudo

un hijo, un vástago tierno;

encontrarlo aquí no pudo,

y su alma al regazo eterno

lo fue volando a buscar.

Murió; por siempre cerrados

están sus ojos cansados

de errar por llanura y cielo,
de sufrir tanto desvelo,
de afanar sin conseguir.

El atractivo está yerto
de su mirar; ya el desierto,
su último asilo, los rastros
de tan hechiceros astros
no verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestigio.

¿No veis el raro prodigio?

Sobre su cándida frente
aparece nuevamente
un prestigio encantador.

Su boca y tersa mejilla
rosada, entre nieve brilla,
y revive en su semblante
la frescura rozagante
que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
y estampó en su rostro hermoso
aquel inefable hechizo,
inalterable reposo,
y sonrisa angelical,
que destellan las facciones
de una virgen en su lecho
cuando las tristes pasiones
no han ajado de su pecho
la pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
dormida ¡oh Dios! la creyera;
deleitándose en el sueño
con memorias de su dueño,
llenas de felicidad,
soñando en la alba lucida
del banquete de la vida

que sonríe a su amor puro;

más  ay! que en el seno obscuro

duerme de la eternidad.

Epílogo

Douce lumière, es-tu leur âme?

[¿Dulce luz, eres el alma de ellos?]

LAMARTINE

¡Oh María! Tu heroísmo,
tu varonil fortaleza,
tu juventud y belleza
merecieran fin mejor.

Ciegos de amor, el abismo
fatal tus ojos no vieron,
y sin vacilar se hundieron
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
salvar quisiste a tu amante,
y lo viste delirante
en el desierto morir.

¡Cuál tu congoja sería!

¡Cuál tu dolor y amargura!

Y no hubo humana criatura

que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;

y cuando sola te viste

también mísera caíste

como árbol cuya raíz

en la tierra ya no afianza

su pompa y florido ornato.

Nada supo el mundo ingrato

de tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta,

como diamante en la mina,

la belleza peregrina

de tu noble alma quedó.

El Desierto la sepulta,

tumba sublime y grandiosa,
do el héroe también reposa
que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
fue amar, amor tu delirio,
amor causó tu martirio,
te dio sobrehumano ser;
y amor, en edad florida,
sofocó la pasión tierna
que, omnipotencia de eterna,
trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
de amor, ¡oh bella María!
que la virgen poesía
corona te forma ya
de ciprés entretejido
con flores que nunca mueren;

y que admiren y veneren
tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
inhospitable morada,
que no siempre sosegada
mira el astro de la luz;
descollando en una altura,
entre agreste flor y yerba,
hoy el caminante observa
una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
la copa extensa y tupida
de un ombú donde se anida
la altiva águila real;
y la varia muchedumbre
de aves que cría el desierto,
se pone en ella a cubierto

del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano

plantó aquel árbol benigno,

ni quién a su sombra, el signo

puso de la redención.

Cuando el cautivo cristiano

se acerca a aquellos lugares,

recordando sus hogares,

se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,

si hasta allí llega embebida

en la caza apetecida

de la gama y avestruz,

al ver del ombú gigante

la verdosa cabellera,

suelta al potro la carrera

gritando: -allí está la cruz.

Y revuelve atrás la vista
como quien huye aterrado,
creyendo, se alza el airado,
terrible espectro de Brian.

Pálido, el indio exorcista
el fatídico árbol nombra;
ni a hollar se atreven su sombra
los que de camino van.

También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche obscura
suelen en aquella altura
dos *luces* aparecer;
que salen, y habiendo errado
por el desierto tranquilo,
juntas a su triste asilo
vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes

serán del páramo aerio,
quizá espíritus, ¡misterio!,
visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
de la inquieta fantasía,
forman coro en la armonía
de la invisible creación.